

Pepito,
el señor de los chistes
PePe Pelayo R.
Ilustraciones de Alex Bravo



Uno



o sé cómo empezar. ¡Por el principio!, me diría uno haciéndose el gracioso. Pero no es fácil... Quizás es mejor que lo haga contándote sobre la vida de Juanito, así conocerás al niño que me complicó la vida.

De cómo y por qué se involucró conmigo ya te enterarás más adelante. (A menos que decides no leer más a partir de ahora y regales el libro. Aunque no te lo aconsejo, porque lo que contaré es muy cómico). ¡Pero basta ya de cháchara! ¡Vamos al grano! como di-ría un dermatólogo.

Juan vive con su mamá, su padrastro y su hermanastro en una típica casastra, perdón, en una típica casita de tejas en el otro lado de Villarrisa, nuestra ciudad. Como casi siempre sucede, él adora a su mamá y no se lleva bien con su padrastro, ni con el hijo de éste.

Para darte una idea de cómo es Juan, te contaré sobre un momento cualquiera, de un día cualquiera, en su casa. Por ejemplo, él es de los que regresan por la tarde del colegio y ya desde la puerta dice cosas como:

- ¡Mami no me esperes esta tarde!
- ¿Por qué mi amor?
- Porque ya llegué.

Su madre, como la mayoría de la gente adulta en Villarrisa es de esas personas que nunca entiende las bromas. Por tanto, al oír aquello se hacia él poniendo una

cara sólo comparable con la expresión que consigue uno llama al encontrarse con un arpa en medio del altiplano.

Su hijo la espera sonriendo porque la conoce. Ella entonces, al verlo así, le dice con orgullo:

—¡Muy bien, hijo mío! Veo que vuelves muy contento. La has pasa-do bien en el colegio, ¿no es cierto?

—Por favor mamá... No confundas la ida con el retorno.

La madre, una vez más, no entiende, y cuando va a preguntar algo, su hijo la interrumpe:

—Mamá, te tengo una mala noticia.

—¿De que se trata, mi amor?

— Se murió el tío abuelo del inspector.

—¡Ay pobrecito! ¿Y de qué murió? —quiso saber la mamá.

—De repente, según dijeron los médicos —dijo Juanito mordiendo-se el labio para no reír.

— ¿Cómo...? Pero, mi niño...

En ese momento, suena el teléfono y ella va a contestas, pidiéndole a su hijo:

—Juani, por favor, ve a la cocina y vigíame los espaguetis, porque creo que se están pegando.

—Por mí que se maten —respondió el niño, aguantando una vez más la risa.

Pero al verle la cara a su mamá, va a cumplir la orden muy seriecito.

No pasa ni un minuto cuando se escucha el grito de la madre.

—¡Juani!

—¡Qué, mami!

—¡Tu abuela está en el teléfono!

—¡Pues sácala, que debe estar incómoda! —gritó Juan.

—¡No! ¡No entendiste! —continuó la mamá— Ella está hablando conmigo por teléfono, y dice que cuándo vas a ir a verla.

—¡Dile que voy el domingo sí es que llego a ir! —respondió el niño, preguntándose cómo es posible que su madre no se dé cuenta de las bromas.

De repente, se oye de nuevo el grito de la madre

—¡Juani!

—¡Dime, mami!

—¡Que golpean la puerta!

—¡Pues que se defiende sola, que ya es grande! —gritó el niño.

—¿Cómo?—preguntó la señora.

—¡Nada! —contestó el hijo, yendo hacia la puerta.

Al pase por el comedor, casi tropieza con el padrastro que iba a sentarse a leer el diario. Llega a la puerta de la calle y la abre. Era el dueño la casa que venía a tratar de cobrar, una vez más, el arriendo atrasado.

—Hola, niño —dijo el hombre—. ¿Está tu mamá?

No —respondió Juanito con calma.

—¿Y tu padrastro?

—No, también se escondió —contesta el muchacho con mucha seguridad, cerrando la puerta.

Cuando iba de regreso a la cocina, el padrastro le pregunta:

—¿Y? ¿Quién era?

—Preguntaban si habíamos visto un burro por aquí.

—¿Qué dijiste? —quiso saber el padrastro.

—Que era imposible porque no habías llegado del trabajo.

—¡Juanito! —grito el hombre molesto.

—¿Qué pasa aquí? —intervino la mamá que venía del teléfono.

—Que le pedí dinero o tu esposo y se molestó

—¿Qué? —gritó el hombre.

—¡Cállate, viejo!— dijo la mujer—. A ver, Juani, ¿para qué querías al dinero.

—Es que cuando abrí la puerta, vi allá afuera a un pobre anciano gritando.

—¿Y qué gritaba el anciano, hijo mío?

—Gritaba: ¡Helados! ¡Vendo helados!

—¡Ves cómo está tu hijo!—terció el padrastro —. ¡Y pregúntale por qué le pegó hoy a su hermanastro con la silla!

—¡Porque el sofá es muy pesado, mami! —se quejó Juanito, abrazándose a la mamá y haciendo unos pucheros poco creíbles...

¿He dado una idea completa de cómo es Juan? Quizás no. A lo mejor se puede pensar que él era así sólo en su casa. Por eso contaré dos o tres ejemplos de su actitud en la calle, lejos de su mamá. (Aprovecho para comentar que me desespera su madre. Y no solo ella. Como ya dije, casi todos los hombres y mujeres de Villarrisa son así. Sin embargo, los niños no. Yo pienso que en esta ciudad, cuando la gente crece, se olvida de reír, de jugar, de bromear. Se vuelven solemnes, «responsables» preocupados; en fin, tristes y aburridos. Por eso son incapaces de entender o disfrutar algo gracioso. Donde tú vives, ¿no has visto gente igual de torpe para entender los chistes? ¿Y no conoces personas que no se dan cuenta cuándo uno habla en broma? Eso a mí me deprime. Porque no hoy nada más molesto que explicar un chiste o aclarar que no hablabas en serio, ¿no es cierto?).

Bueno, Juan en la calle se comportaba de la misma forma que en la casa. Famosa es su anécdota con el farmacéutico. Resulta que él va a la farmacia y es el tercero en la fila. El primero pide un paquete de bicarbonato y el farmacéutico —hombre serio como el

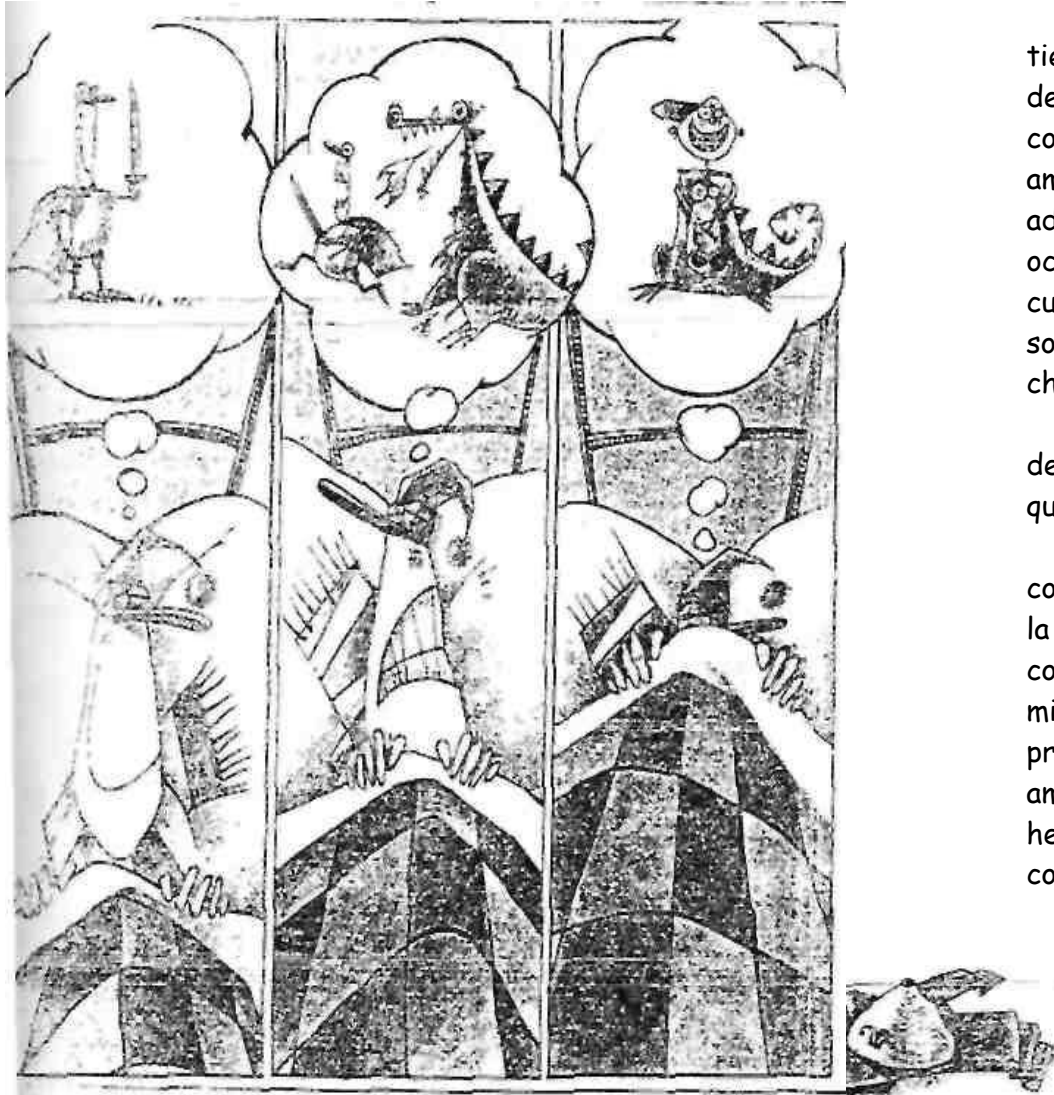
que más—se tiene que subir en una escalera para alcanzarlo. Cuando le toca a la otra persona, ésta le pide también otro paquete de bicarbonato. El hombre se molesta y le dice que por qué no se lo pidió cuando estaba arriba. Para-do en lo último de la escalera, le dice a Juanito que si él también quiere un paquete de bicarbonato. Él le contesta que no. Cuando le llega el turno a Juan, éste, sorprendentemente, le pide bicarbonato. El farmacéutico explota y le dice que por qué no se lo pidió antes, cuando le preguntó. Entonces el niño le responde con inocencia: «Pero si usted me preguntó si quería un paquete de bicarbonato, y yo le dije que no, porque lo que quiero son idos paquetes de bicarbonato!». Por supuesto, tuvo que escapar o lo desbandaba de allí.

En otra oportunidad paró a un señor en la vereda y le pidió que le ayudara a tocar el timbre de una casa porque no alcanzaba. El señor lo hizo y le preguntó: «¿Y ahora qué?». «¡Ahora huyamos!» le gritó Juan, arrancando de allí.

¿No es lo que yo decía? Él es igual en todas partes. Pero bien, ¿por qué tengo que hablar tanto de él si ésta es mi historia? Porque, como decía al principio, ese niño me complicó la vida. ¿Cuándo? Cuando, a principios de año, lo trasladaron de colegio y cayó en el mío. Más exactamente en mi curso. Y para mayor precisión al lado de mi asiento. ¿Y por qué se enredó la cosa por culpa de él? Porque, además de bromista, él es una de las personas de mejor memoria para los chistes que conozco. Y cuando no se los sabe los inventa. Pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo? Mucho. Y por una muy buena razón: ¡Yo soy idéntico a él!

Perdón, mejor que él. A mí no me gusta decirlo por humildad, pero en cien océanos a la redonda no hay un tipo que pueda saberse más chistes que yo. No existe en este planeta una persona que invente más situaciones

graciosas que yo. No ha nacido entre cielo y tierra un ser más cómico que yo.



Yo soy Pepito. Si, Pepito, el de los cuentos. Bueno, así soy conocido en muchos países del mundo. Aunque debo decir otra verdad: Juanito también es famosísimo en otros lugares (dicen que un tal Jaimito es célebre en España y un tal Pierito en Italia, pero a

ellos no los conozco en persona). En fin, que nuestra fama es internacional, galáctico y universal.

Como sabrás, en todos esos lugares nos tienen como niños malos, traviesos, picaros y descorteses, pero eso es falso. Tanto Juanito como yo somos excelentes hijos, amigos de los amigos, y muy bien educados. Claro, muchos adultos han puesto en boca nuestra todo lo que se les ha ocurrido. De ahí la fama. Bueno, eso y nuestras cualidades. Como decía unos párrafos más atrás, ambos somos simpáticos, ingeniosos, buenos para la broma, el chiste y la chacota. Sin falsa modestia.

Después de esta presentación —donde seguro te dejé con la boca abierta al enterarte de quién soy—, hay que continuar la historia.

Me había quedado en que a Juan lo pasaron a mi colegio, a mi curso, junto a mi asiento. Y eso significaba la guerra. Ya te imaginarás lo que es tener tan poderosa competencia a mi lado. El más mínimo choque sacaba miles de chispas. Pero hay que decir la verdad: muy pronto él se convirtió en mi compañero inseparable. En el amigo más enemistado y en el enemigo más amistoso que he tenido. A partir de esa extraña situación es que comienza, en realidad, esta historia.



Dos

L primer día que Juan se presentó a nuestra clase, dio la casualidad que la maestra llegó tarde. No habían pasado cinco minutos y ya nos habíamos desafiado a muerte. Tomando a nuestros compañeros como jueces, comenzamos una competencia delimitada por las siguientes reglas:

1. El público iba a decidir que tipo de chistes contaríamos alternadamente.

2. Se perdía un punto cada vez que a uno no se le ocurría un chiste. Se daba medio minuto para pensarlo.

3. Si se sabía el chiste del otro, ganaba un punto, pero si se equivocaba en la respuesta lo perdía. Al no saber la respuesta, tenía que decir, obligatoriamente, «no sé».

4. El puntaje era acumulativo y, al final del año se sabría el ganador

Recuerdo que a esa hora los muchachos empezaron a gritar:«¡Qué se hagan preguntas! ¡Qué se hagan preguntas!». Y así empezó la batalla.

Nos paramos frente o la clase y él, tomando aire con cierta arrogancia, me desafió:

—¿Comenzamos con los «cuáles»? —

—Como tú quieras —respondí contento. Ese campo era uno de mis fuertes. Y provocándolo, continué—: Dale tú primero, si puedes.

—Está bien —contestó. Y después de unos segundos me lanzó la pregunta—: ¿Cuál es el lago más dulce del mundo?

—No sé.

—¡LAGO LOSINA!—dijo, y todos rieron.

—¿Cuál es el helado más duro—seguí yo.

—No sé.

—¡ELADO QUIN! —Casi grité, y todos soltaron la carcajada. —¿Y cuál es el animal al que hay que divertir para que no cambie de sexo? —continuó él entre risas.

—No sé,

—¡EL BURRO...PARA QUE NO SE-A-BURRA!

—Esta bien —opiné yo—. ¡Y cuál es el pez que usa corbata? —No sé

—¡EL PES-CUEZO!

—Si sabes tanto de peces —saltó—, entonces dime: ¿cuál es el pez más seguro?

—No sé.

—¡EL PES-TILLO!

—Sigo con los peces —respondí—. ¿Cuál es el pez que llega último? —No sé

—¡EL DEL-FIN!

—Si estamos en el mar —se justificó al no recordar más chistes de peces—, entonces sabrás cuál es el mar más duro?

—No sé.

—¡EL MAR-MOL!

—Ya que andamos en el mar —le seguí la corriente—, ¿cuál es el mar que golpea más fuerte?

—No sé.
—¡EL MAR-TILLO!
—Bien —dijo él pensando un poco, pero sin llagar el medio minuto—. Vamos de nuevo con los animales... ¿Cuál es la mejor manera de llamar a un león furioso y hambriento?
—No sé.
—¡DESDE MUY LEJOS!
—¿Y cuál es el trabajo que se hace con mejor humor? —le respondí
—¡Pero ese no es de animales! —me señaló.
—No importa. Dale, ¿cuál es el trabajo que se hace con mejor humor?
—No sé.
—¡SER BARRENDERO... PORQUE SE HACE BARRIENDO!
—Entonces yo también voy a dejar a los animales —explicó, y sacando pecho me lanzó otra pregunta—, ¿Cuál es más grande: la luna o el sol?
—No sé.
—¡LA LUNA...PORQUE LA DEJAN SALIR DE NOCHE!
—Está bien. Y... y...
Estaba atorado. No se me ocurría otro «cuál». Los niños después de reír a moco tendido, gritaban dándome ánimos. Él contaba los segundos que faltaban hasta que exclamó:
—¡Perdiste!
—¡Sí, pero no paremos por eso! —me defendí medio nervioso y medio molesto—. Vamos a continuar con los «qué».
—Ah, quieres seguir perdiendo. Bueno, ahí voy... Dime: ¿qué tienen los hipopótamos que no tienen los otros animales?
—No sé.

—¡HIPOPOTAMITOS!
—Yo —acepté concentrándome— A ver, ¿qué es un lóbulo?
— No sé
—¡UN ANIMALULO FERUZULO QUE SE COMIÓ A CAPERUCITALA!
—Está bien... —admitió, pero sin perder su seguridad—. ¿Qué es lo mejor que tienen los números?
—No sé.
—¡QUE SIEMPRE SE PUEDE CONTAR CON ELLOS!
—Y puede; decirme —lo reté—: ¿qué hace un sapo cuando sale del jardín?
—No sé.
—¡PASA A PRIMERO!
—Y, ¿qué pasa... —me preguntó con lentitud, saboreando aquello— si un elefante se para en una pata?
—No sé.
—¡SE QUEDA EL PATO VIUDO!
—¿Y tú sabes qué hora es cuando los campanas de un reloj suenan trece veces? —chillé exagerando mi firmeza y supuesto dominio. Eso lo distrajo un poco.
—Repíteme la pregunta por favor —contestó medio perdido. —¿Que si sabes qué hora es cuando las campanas de un reloj suenan trece veces?
—No lo sé.
—¡ES HORA DE ARREGLARLO!
—...Este... y qué... la... Se puso nervioso y no se le ocurría nada. Una sensación de impotencia y frustración lo invadió. El tiempo pasó.
—¡Empaté! ¡Empaté! ¡Estamos iguales a uno! —grité, levantando los brazos.
—Sí —replicó—. Pero hay que continuar.
—¿Por qué?

—Porque tú hiciste lo mismo cuando perdiste con los «cuáles» —argumentó—. Y vamos a seguir con eso que acabas de decir: con los «por qué».

—Está bien. Comienzo yo... ¿Por qué no estudian las tortugas?

—No sé.

—¡PORQUE NO PUEDEN SEGUIR UNA CARRERA!

—¿Y por qué los pájaros vuelan hacia el sur? —me devolvió rápido.

—No sé.

—¡PORQUE CAMINANDO TARDARÍAN MUCHO!

—¿Por qué el libro de matemáticas se suicidó? — exclamé, pavoneándome ante el auditorio.

—No sé.

—¡PORQUE TENÍA MUCHOS PROBLEMAS!

—¡Oye! ¡Oye! —me llamó lo atención, al verme distraído saludando a nuestros compañeros—. Dime, ¿por qué ponen rejas alrededor de los cementerios?

—No sé.

—¡PORQUE LA GENTE SE MUERE POR ENTRAR!

—¿Y por qué...? —le iba a preguntar algo cómico sobre un fantasma, cuando se me puso la mente en blanco. Perdí la concentración. No se lo deseo a nadie. Eso a mi me deprime. Me sentí derrotado...

—¡Estoy arriba! ¡Estoy arriba! —gritaba de nuevo el muy... —Fue porque me distraje —contesté—. Vamos, seguimos con los «cómo»...

—Pero...

—¡Pero nada! —le interrumpí algo enojado—. A ver. ¿cómo se visten los esquimales?

—No sé.

—¡MUY RÁPIDO!

—Está bien, estamos con los «cómo» —y habló sin mucha convicción, como si los «cómo» no fueran su

fuerte. Eso me dio esperanzas—. ¿Cómo se abrazan los puercoespines? —No sé.

—¡CON MUCHO CUIDADO!

—¿Y cómo se hace la leche en polvo? —ataqué con más valentía.

—No sé.

—¡RALLANDO UNA VACA LECHERA!

—Y... y... —sudaba. Ya lo tenía casi en mis manos, pero continuó—: ¿cómo hace un sapo para bucear?

—No sé.

—¡SE PONE LAS PATAS DE RANA!

—Bien, ¿cómo haces para dejar a un tonto intrigado? —dije, volviendo a disfrutar como hacía un rato.

—No sé.

—¡EN OTRO MOMENTO TE LO CUENTO!

—Ah... me tiraste fuerte —saltó evidenciando tener los nervios de punta—. Pues...

Y el reloj avanzaba... ¡Hasta que por fin logré la victoria! Es decir, hasta que empaté, porque la competencia estaba dos a uno en mi contra.

Los muchachos gritaban y aplaudían cuando llegó la maestra. Le explicamos a ella lo que estaba sucediendo, y le encantó la idea. Dijo que hasta programaría competencias para los ratos libres. Es la mejor maestra que hemos tenido. Una de las pocas excepciones de gente con sentido del humor en Villarrisa. Debo decir que con ella sacamos las mejores notas. Imagínate que sus clases eran las más amenas del colegio. Todo lo enseñaba con juegos y con humor. ¡Ojalá todos los profesores fueran así!

Pero no me voy a alejar del tema. Ese empate en la competencia nos incitó a luchar aún más por la hegemonía en el colegio. Siempre supimos que los niños con personalidad, ingenio, con imaginación y, sobre todo, con

gran sentido del humor, son los líderes de cualquier grupo. Por tanto, teníamos que dejar bien clara nuestra posición. Más aún, cuando nuestra contienda fue incentivada por algo que descubrimos allí, a solo unos metros de nosotros...

Juanito y yo nos dimos cuenta de que tanto Venus como su mejor amiga, Gretel, estuvieron riendo desafortadamente durante el mano a mono, pero de una forma distinta a los demás. Sus expresiones también eran diferentes. Incluso después, mientras la maestra daba la clase, cuchicheaban entre ellos y nos lanzaban miradas mezcladas con sonrisitas bastante coquetas, la verdad.

Aquello nos puso muy contentos y orgullosos. Nunca habíamos sentido la necesidad de agradarle a una chica. Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que podíamos atraerles, gustarles. Aunque daba un poco de miedo, era espectacular.

Por supuesto, no nos pusimos de acuerdo en cuál de las dos nos gustaba más, o quién podría ser el elegido de Gretel y quién el de Venus. Por tanto, esa situación, como decía hace un rato, también provocó una nueva rivalidad. Ahora teníamos que demostrar con mayor razón quién era «El Señor de los Chistes». Otra vez algo nos unía y algo nos separaba.

A partir de ese momento, en cualquier actividad en que estuviéramos los cuatro involucrados, Juanito y yo nos la ingeniábamos para desarrollar nuestra competencia y «destacamos», como decía él.

Por ejemplo, durante mucho tiempo, nos alternábamos en plena clase para decir y hacer cosas cómicas.

Recuerdo que cuando Juanito llegaba tarde (como casi siempre), inventaba cuentos muy graciosos:

—Juanito —decía la maestra—, ¿por qué llegas tarde?

—Por el cartel —contestaba Juan.

—¿Cartel? ¿Qué cartel?— preguntaba la maestra.

—Ese en la esquina que dice: «Espacio, colegio» —respondía Juanito—. Y yo lo obedecí.

Eso hacía reír a los niños, sobre todo a Venus y a Gretel, por lo que él quedaba como rey. (Sentirse opacado es malo. Eso a mí me deprime. Por lo que me desvivía por contrarrestarlo).

Así, cuando la profe preguntaba cosas como:

—¿Por qué el globo terráqueo no es redondo, sino algo achatado por los polos?

Yo respondía antes que cualquier otro:

—No sé, maestra. Creo que ya estaba así desde el año pasado.

Y volvía a ser yo el afortunado de ver a Venus y a Gretel reír y mirarme con admiración.

Otro día, era yo el que tomaba la iniciativa.

—Niños —preguntaba la maestra—, tres de ustedes me tienen que decir una oración con la palabra «estatua».

—Yo fui a la plaza de armas y vi la estatua del Padre de la Patria —respondió María Paz.

—Yo vi en una película la estatua de la libertad en Estados Unidos —dijo Sebastián.

—Maestra —salté yo—, a mí me tocó ir el domingo o casa de mi abuela. Ella tropezó y se cayó..: Todavía «estatua» adolorida.

Esos jueguitos de palabras les gustan a mis compañeros. Por supuesto, a Gretel y a Venus les encantan.

Claro, la felicidad dura poco. Juanito se encargaba de nivelar las acciones. Cuando la profe dijo:

—¿Quién me dice ejemplos de onomatopeyas?

—Cuando llegué a casa el gato hizo: miau, miau —dijo Carola.

—Bien —aprobó la maestra—. Ese es un buen ejemplo de onomatopeya. A ver otro.

—Fui al canal y escuché a una rana decir: croac, croac —dijo Patricia.

—Correcto —volvió a asentir la maestra—. Esa es otra onomatopeya. ¿Quién me dice una más?

—¡Yo! —gritó Juanito—. Iba por un callejón y me encontré con un camión de frente. Asustado dije: ¡Oh, no m'atopella!

De más está decir que rió toda la clase (incluyendo las dos niñas y la maestra), por lo que me hizo rabiar.

En otras oportunidades yo hacía preguntas que ya traía preparadas desde mi casa.

—Maestra, ¿el cielo padece de picazón?

—¿Y esa pregunta, Pepito?

—Porque si no fuera así, ¿para qué sirven los rascacielos entonces?

De esa forma los hacía reír a todos fácilmente. Recuerdo que esa técnica de llevar preguntas sorprendió a Juanito. Tanto, que lo hizo cometer un error. Cuando la profe preguntó si a nosotros, nos gustaban los animales, él contestó:

—¡A mí me encantan los animales, maestra! El pollo asado, el pavo relleno, el chancho frito, el pescado al horno...

Recuerdo que la maestra nos llamó aparte y quiso saber por qué estábamos tan chistosos últimamente. Le contamos la verdad. Y nos dijo:

—Me parece bien que estén en plan de conquista. Me gusta que quieran competir con sus chistes. Pero creo que se les va la mano en la frecuencia y están interrumpiendo la clase.

—Disculpe, maestra —dijimos a coro.

—Esta bien. Les propongo lo siguiente: cuando crea que es apropiada una gracia, les haré una señal.

—Es decir —pregunté—, cuando usted entienda que llegó el momento en que se pueden hacer chistes nos avisará, ¿es así?

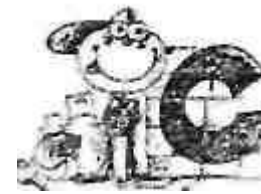
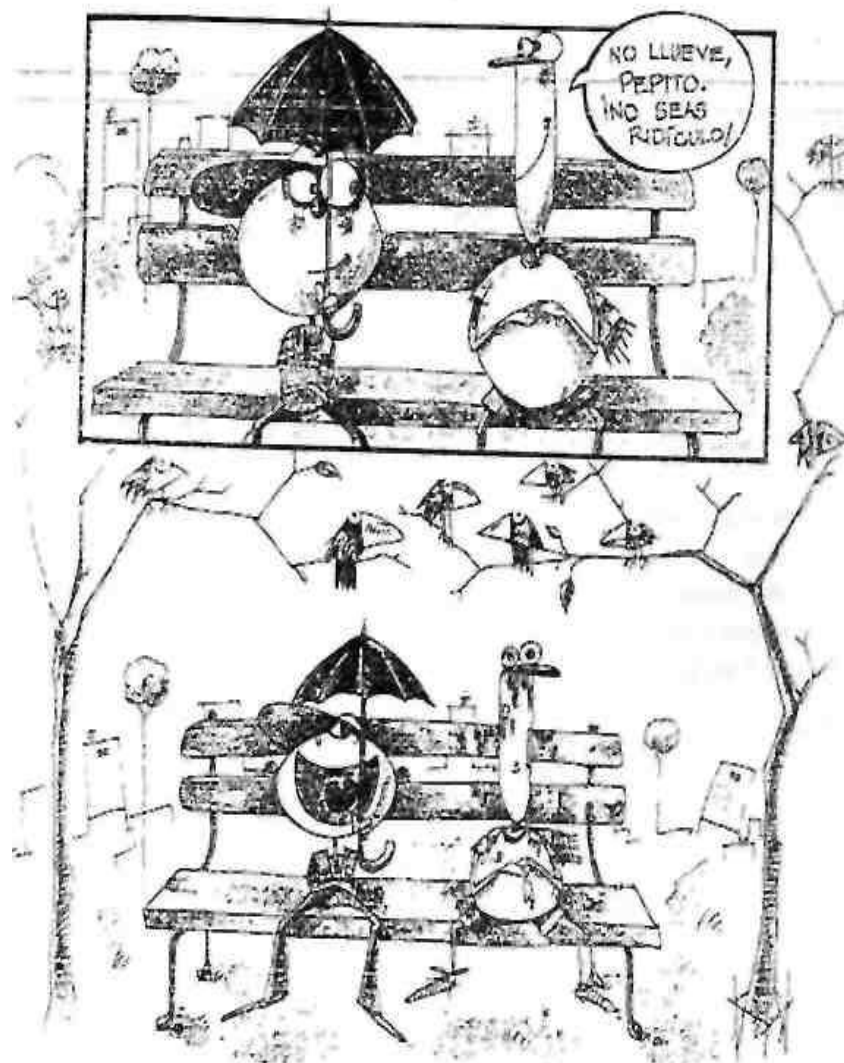
—Exactamente. Por supuesto, después de clase ustedes hacen los chistes que quieran...

—Gracias, maestra —dijo Juan. —Usted es la mejor —agregué yo.

—Ah, otra cosa —continuó ella—. Juanito, ten cuidado con algunos chistes. A veces el humor, si se hace mal, en vez de risa puede causar rechazo. —¿Usted se refiere a los chistes groseros? —quiso saber Juanito. — A los groseros, a los chabacanos, si. Pero también a la burla agresiva que puede hacer daño, al humor que afecte la sensibilidad de algunas personas. Hay que tener mucho cuidado, ¿está bien?

La maestra tenía razón. Por ejemplo, aunque a mí me gustó el chiste sobre animales cocinados, a algunos niños y niñas les puede parecer cruel. Y así fue. Pocas risas provocó. Yo lo pasé de lo lindo. El pobre Juanito, después de aquello, tuvo que esforzarse mucho. Pero podía tener su revancha. Los cuatro nos apuntamos en la obra de teatro que se iba a montar. Y ese era un buen lugar para nuestra encarnizada lucha.

Tres



laro, delante del profesor de teatro no hicimos nada. Pero cuando terminó el ensayo, casi todos nos quedamos en el salón. Ahí mismo se rompió la tregua y comenzó la batalla.

—¿Qué chistes quieren? —gritó Juanito, parándose en el escenario.

—¡Sobre teatro, por supuesto! —le respondieron los niños.

—¡Muy bien! —dije yo, poniéndome al lado de mi contendiente—Comienzo yo... Primer acto: Un ganso llama a una gansa. Segundo acto

Un ganso llama a una gansa. Tercer acto: Un ganso llama a una gansa...

¿Cómo se llama lo obra?

—No sé.

—¡VEN-GANZA! ¡VEN-GANZA!

Las carcajadas inundaron la sala y no pararon hasta que terminamos.

—Voy yo ahora —dijo él—. A ver, Pepito... Primer acto: Una hormiga con un rifle al hombro. Segundo acto: la hormiga con una pistola a la cintura. Tercer acto: La hormiga con un puñal en la boca... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡HORMIGÓN ARMADO!

—Está bien —manifesté yo, disfrutando aquello—.

Miro a ver si puedes adivinar esta... Primer acto: Una monja en una cárcel. Segundo acto: Una monja en una cárcel. Tercer acto: Una monja en una cárcel... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡SORPRESA!

—De acuerdo, pero tú me podrás decir—continuó él—, si sabes esta... Primer acto: La familia Díaz pasa en avión. Segundo acto: La familia Díaz pasa en avión. Tercer acto: La familia Díaz pasa en avión... ¿Cómo se llama la obra?

—Creo que la sé —respondí yo, seguro de ganarle otro punto—: ¡Los Días están volando!

—¡No! ¡Fallaste! ¡Fallaste! —gritaba él enloquecido—. La respuesta es: ¡LOS DÍAS PASAN VOLANDO!. ¡Un punto para mí! ¡Voy ganando! ¡Voy ganando!

No sé qué me pasó. Me sabía la respuesta, pero me confundí. ¿Ya comenté sobre lo mal que uno se siente cuando pierde? Creo que sí. Bueno, a mí eso me deprime.

Ahora tenía que empatar de todas maneras. —Está bien, Juanito, ¡cálmate! Me toca a mí. Mira si conoces esta... Primer acto: Un japonés tomando tilo. Segundo acto: Un japonés sigue tomando tilo. Tercer acto: El japonés corre hacia el baño... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡LE SALIÓ EL TILO POR LA CULATA!

—Ahora escucha esta —me contestó él—. Primer acto: Una obesa agarra un puñal. Segundo acto: La obesa toma una pistola. Tercer acto: La obesa carga una ametralladora... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡SE ARMÓ LA GORDA!

—Bien —seguí yo aún más rápido—, ¿Y ésta?...

Primer acto: Se ve el toro, la arena y el torero. Segundo acto: Se ve el toro, la arena, el torero y el cartero. Tercer acto: Se ve la arena, el torero y el toro leyendo una carta y llorando mientras lee que su vaca lo denunció... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡LA CARTA DE-LA-TORA!

—Sigo, porque soy el mejor —exclamó jactándose de su momentánea ventaja—. Aquí va la otra... Primer acto: Una piña entra a un cine sin boleto. Segundo acto: Una piña va a una fiesta sin invitación. Tercer acto: Una piña entra a un circo sin su entrada... ¿Cómo se llama la obra?

—¡La sé! —grité contento—. La obra se llama: ¡La piña inmadura!

—¡Gua! ¡Gua! —vociferaba Juanito—. ¡Soy el mejor! ¡Soy el mejor! ¡La respuesta correcta es: ¡LA PIÑA COLADA!... ¡Llevo dos de ventaja! ¡Te estoy aplastando!

Eso me dolía profundamente. Para más frustración las dos niñas vitoreaban a Juanito tanto como los demás. Quería que me tragara la tierra... Pero no debía darme por derrotado. Yo no soy así. Daría más lucha, seguiría hasta el final. ¡De los cobardes no se ha escrito nada!

—Te felicito, pero esto no se ha terminado —dije tratando de darme ánimos—. Me toca a mí.

—Bueno, dale —respondió él—. ¡Pero con esta ventaja no me alcanzarás nunca más!

—Vamos a ver si es verdad —hablé con voz pausada—. ¿Te sabes esta?... Primer acto: Indiana Jones cruza la calle y lo atropella un auto. Segundo acto: Indiana Jones cruza la calle y lo atropella un auto. Tercer acto: Indiana Jones cruza la calle y lo atropella un auto... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡INDIANA JONES Y LA ÚLTIMA CRUZADA!

—Muy bien —dijo él, disfrutando cada una de sus palabras—. ¿Conoces esto?.. Primer acto: Una mosca con bata saliendo de tu baño. Segundo acto llega otra mosca con bata saliendo de tu baño. Tercer acto: Otra mosca con bata saliendo de tu baño.. ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡COMBATA LAS MOSCAS EN SU CASA!

—Esa no la encontré tan cómico —comenté, inventando para destruirlo por algún lado—. Esta si es buena... Primer acto: Sale Popeye con un bote en la mano. Segundo acto: Sale Popeye con el mismo bote en la mano. Tercer acto: Sale Popeye con las manos vacías... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡SIN-BATE EL MARINO!

—La encontré tan graciosa como la mía —se defendió—. Escucha algo bien cómico... Primer acto: Aparece un enanito diciendo groserías. Segundo acto: Aparece el mismo enanito diciendo groserías. Tercer acto: Aparece el mismo enanito diciendo groserías.. ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡VULGARCITO!

—Ese si me gustó —tuve que aceptar—. Pero esta es más chistosa... Primer acto: Aparecen tres tazas. Una de ellas de plástico que vale 20 pesos. Segundo acto: Aparecen tres tazas. Una de ellas de porcelana que vale 30 pesos. Tercer acto: Aparecen tres tazas. Una de ellas de hierro que vale 50 pesos... ¿Cómo se llama la obra? — No sé.

—¡LA MÁS-CARA DE HIERRO!

—Buena, buena —me dijo riendo, y hablando con mucha seguridad—. Pero esto es mejor. Primer acto: Aparece un perro mordiendo a un hombre. Segundo acto:

Aparece el mismo perro mordiendo al mismo hombre. Tercer acto: Aparece el mismo perro mordiendo al mismo hombre... ¿Cómo se llama la obra?

—Creo que sé cómo se llama—salté contento porque de verdad la sabía—, la obra se llama: ¡REMORDIMIENTO!

—Correcta la respuesta —aprobo con seriedad.

—¡Bien! ¡Ahora estamos solo uno a tu favor! Me toca a mi, así que prepárate. Dime... Primer acto: Aparece un pelo de lo más bonito sobre una cama. Segundo acto: Aparece un pelo de lo más bonito sobre una cama. Tercer acto: Aparece un pelo de lo más bonito sobre una cama... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡EL VELLO DURMIENTE!

—Este... ahora voy yo —dijo con cierta duda, lo que me hizo pensar que estaba nervioso y casi desmoralizado—. Este... Primer acto: Un señor le echa pimienta o su comida. Segundo acto: El mismo señor le eche pimienta, comino y orégano a su comida. Tercer acto: El mismo señor le echa pimienta, comino, orégano, curry y sal a su comida... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡EL SEÑOR DE LOS ALIÑOS!

—¡Esto es mejor! —ataqué con nuevos bríos—. Incluso te diría que es la mejor obra de toda la Historia de la Humanidad. Primer acto: Yo. Segundo acto: Yo. Tercer acto: Yo. Cuarto acto: Yo. Quinto acto: Yo. Sexto acto: Yo. Séptimo acto: Yo... ¿Cómo se llama la obra?

—No sé.

—¡LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO!

—¡Qué humilde eres! —exclamó, tratando con esa ironía de tapar su nerviosismo.

—No te distraigas —le conteste—. ¡Dale, te toca a ti, si es que puedes!

—Ya va, ya va... este... —y su seguridad se escapaba.

—¡Vamos! ¿Qué pasa? —le instigué para desequilibrarlo, señalándole el reloj.

—¡Ya voy te dije!

Pero no se le ocurría nada. Palideció. ¡No la podía creer! ¡Había empatado! Por suerte, los muchachos aplaudían y gritaban. Entre ellos Gretel y Venus, que, además, me miraban admiradas. Fui feliz.

—¡Dale! ¡Vamos a seguir! —gritaba Juanito tratando de continuar la competencia—. Ahora podemos hacer «los colmos».

Él quería otra oportunidad porque habíamos quedado empatados, pero yo «vine de abajo» como se dice en lenguaje deportivo, y fue casi una victoria.

—¡Un momento! ¡Por favor! ¡Cállense!

Todos miramos hacia donde venía esa voz, y para sorpresa de Juanito y mía, descubrimos a Venus al otro lado del escenario.

—¡Un momento! —siguió—. ¡El show no se detiene, amigos! ¡Ahora para ustedes! La inigualable ¡Gretel!... ¡Un aplauso para ella!

Ambos bajamos del escenario intrigados. Gretel se subió y comenzó a realizar su acto. Se colocó un mantel en la cintura, a manera de falda larga, puso voz de pito y dirigiéndose al público, dio un simpatiquísimo discurso imitando a la siempre circunspecta directora del colegio. Después cambió la voz y la manera de caminar, y parodió al inspector—hombre muy formal— a las mil maravillas. Los muchachos reían y aplaudían con delirio. Me fijé en su pelo largo, rizado y rojizo, sus pecas, su bonito cuerpo, su gracia al caminar y hablar, pero sobre todo en su vis cómica. ¡Qué buena era! ¡Qué sentido del humor! Me cautivó. ¿Qué te puedo decir? Me enamoré instantáneamente de Gretel.

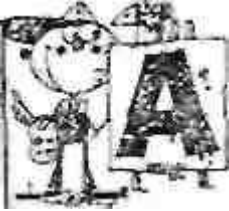
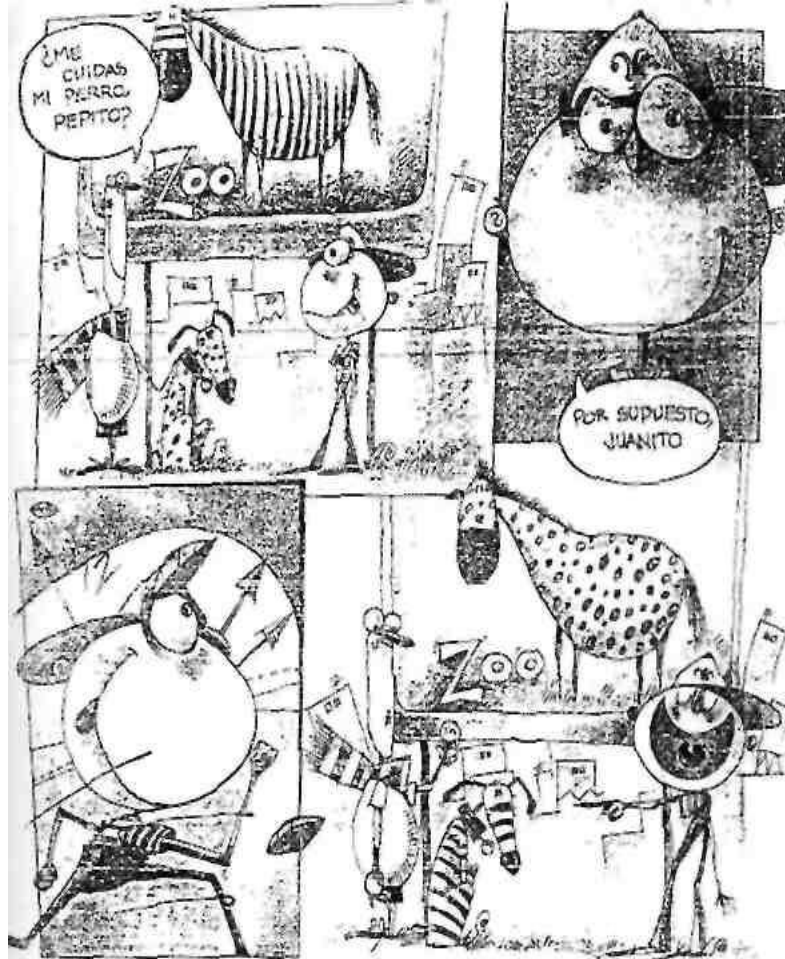
Pero no sólo yo. A mi eterno y devoto adversario también le había conmocionado. Se lo vi en la cara.

—Ni se te ocurra —le dije.

—¿Cómo? Ella va a ser para mí, colega —respondió—. Tú eres el que se tiene que apartar.

—Vamos a verlo —y acepté el desafío. La pobre niña no sabía lo que le esperaba





Cuatro

partir de aquel momento, todos los chistes sueltos, y todas nuestras gracias en las competencias iban dirigidas a ella. Claro, también sintió nuestras amabilidades y atenciones. Estaba abrumada. Y aunque no lo demostraba, yo creo que en el fondo le caía bien aquello. Por supuesto, notamos que a Venus si que no le agradaba. Me daba pena, pero entre la atracción de Gretel y el orgullo de ganar de Juanito y mío, ella no tenía nada que hacer. Sin embargo, todo cambió un día, cuando la maestra nos llevó de excursión al zoológico de Villarrisa

Fue una tarde donde realmente nos destacamos mi amigo yo. Ante cada jaula, ante cada animal, teníamos una ocurrencia que hacía reír a todos. Incluyendo a la maestra, por supuesto.

Al final, en la cafetería, se armó el auditorio y cuando íbamos a contar nuestros chistes en otra improvisada competencia, sucedió algo insólito. Gretel se levantó y llamando la atención de los presentes, dijo:

—Hoy tenemos una sorpresa, especialmente para nuestro dos cómicos. ¡No solo los varones tienen la posibilidad de ser gracioso! ¡Las mujeres también pueden! Por eso, sacando la cara por todas las niñas del colegio, dejen con ustedes a... ¡Venus!

Yo nunca me lo podría haber imaginado. Venus se paró, y comenzó a hacer chistes sobre animales que ni nosotros sabíamos. ¡Pero con una gracia y un desenfado!

—¿Se saben el del ladrón? —decía señalándonos—. Pues se los cuento: Un ladrón, a la medianoche, se mete en una casa a robar. Entra por una ventana. Cuando está adentro, oye una voz en la oscuridad que dice: «JESÚS TE ESTÁ MIRANDO» Entonces el ladrón se asusta y se detiene. Luego, como ve que no ocurre nada, continúa. Y de nuevo la voz le dice: «JESÚS TE ESTÁ MIRANDO». El ladrón asustado, prende la luz y ve que la voz venía de un loro que estaba en una jaula. El Ladrón le dice: «Ahhh, qué susto me diste, ¿cómo te llamas lorito?». Y el loro le responde: «Me llamo Pedro». Pedro es un nombre muy extraño para un loro», le contesto el ladrón Y el loro le responde. «MÁS EXTRAÑO ES JESÚS, EL NOMBRE DEL DOBERMAN

QUE TE ESTÁ MIRANDO»

Las risas fueron muchas. Nosotros estábamos boquiabiertos. Y siguió:

—Era una vez un canario, que iba volando a toda velocidad por la autopista en sentido contrario y, de repente, se estrella contra un motorista, ¡¡¡paooffff!!! El motorista se para diciendo:«No puede ser! ¡MATÉ al pajarito!». Llega donde cayó el canario y lo encuentra todavía vivo. Lo recoge, se lo lleva a su casa, lo mete en una jaula, le da agua con vitaminas y le pone alpiste...Al rato el canario va recobrando el conocimiento. Despierta, ve los barrotes de la jaula, y dice:«¡No puede ser!, ¡MATÉ AL MOTOCICLISTAY ESTOY PRESO!»

Todos reían y aplaudían, pero Juanito y yo no salíamos de nuestro asombro. Y ella no nos daba respiro:

—Un señor festeja el cumpleaños de su hijito. Con unos tragos de más, decide llevarle un regalo al niño. A poco de buscar, ve una tienda de mascotas especializada en aves. Entro tambaleándose y se dirige a un vendedor: «Me puede asesorar, por favor...»

«Sí cómo no»

«A ver... esa que está allí, ¿qué ave es?».

«Un loro, señor. Es un ave muy colorida, que imita la voz humana. Habita naturalmente en Brasil, Paraguay, etc.».

«¡Lindo el lorito! ¿Y ese que está ahí?».

«Un cóndor, señor. Es un ave de rapiña, la mayor. Es oriunda de América del Sur».

«¡Lindo el condorito! ¿Y éste de aquí?».

«Lo ignoro, señor».

«LINDO EL IGNORITO!».

¡Aquello era increíble! ¡Qué buenos chistes contaba! Yo estaba aturdido, pero la niña no paraba:

—Dos mosquitos estaban pescando en un río. Pasa un amigo y les pregunta:

«Y, ¿qué tal? ¿Pican?»

«NO, ESTAMOS DE VACACIONES...»

No sé cuánto tiempo estuvo ella contando chistes. Yo perdí la noción del tiempo. Cuando finalizó yo estaba embelesado. Porque a su gracia y sentido del humor, tenía que añadir su pelo corto y negro, su piel tostada, sus movimientos, su encanto. Algo en lo que nunca me había fija-do. Era hermosa. Me enamoré como un loco de ella.

Pero una vez más, no era sólo yo el que sentía esa emoción. A Juanito le sucedía lo mismo. Nos miramos y nos dimos cuenta. Era absurdo, pero así era.

—¿Tú no estabas enamorado de Gretel? —le dije.

—Sí. Y tú también —me contestó— ¿Por qué no te quedas con Gretel y me dejas a Venus?

—¿Y por qué no al revés? —exclamé algo irritado.

—Porque me he dado cuenta de que Venus es lo mejor.

—Yo también.

—Pues, gánatela si puedes —dijo, sin mirarme siquiera, porque la buscaba con la vista.

—Me das lástima —le respondí, yendo hacia ella.

—¡Espérate! —me detuvo—. ¿Por qué no empezamos ahora mismo?

—Bueno —acepté.

Se dirigió a todos, explicando que íbamos a batirnos, y los muchachos comenzaron a gritar:

—¡Colmos! ¡Que hagan colmos!

Y así fue.

—¿Cuál es el colmo de una Funeraria? —me lanzó a boca de jarro, inaugurando el match.

—No sé.

—¡QUE EL NEGOCIO ESTÉ MUERTO!

—¿Y cuál es el colmo de un arquitecto? —le, devolví la pelota.

—No sé.

—¡CONSTRUIR CASTILLOS EN EL AIRE!

—¿Y cuál es el colmo de un bombero? —dijo mirando o Venus con una sonrisa.

—No sé.

—¡APAGAR LA SED!

—¿Y el de un indio? —seguí yo.

—No sé.

—¡TIRAR FLECHAS CON EL ARCOIRIS!

—Muy bien —aceptó—. ¿Y el de un trapecista?

—No sé.

—¡HACER EQUILIBRIO SOBRE LA CUERDA DE UN RELOJ!

—Está bueno —comenté—. ¿Y el de dos cowboys?

—No sé.

—¡MARCHAR EN FILA INDIA!

—¿Y el de un ferroviario?

—No sé.

—¡CONDUCCIR UN TREN POR LA VIA LÁCTEA!

—Voy con uno fácil —dije haciéndome el noble como táctica—. ¿Cuál es el colmo de un carpintero?

—No sé.

—¡ASERRUCHAR LAS TABLAS DE MULTIPLICAR!
—Sí, estaba fácil, pero este lo es más —respondió—
: ¿Cuál es el colmo de un asesino aburrido?
—No sé.
—¡TENER QUE MATAR EL TIEMPO!
—¿Y el de una embajada? —continué yo.
—No sé.
—¡ESTAR EN UNA SUBIDA!
—¿Y el de Plácido Domingo? —dijo él.
—No sé.
—¡TENER QUE CANTA RUN LUNES
TORMENTOSO!
—Ya están sin gracias tus chistes —opiné,
aumentando la presión sobre él—. ¿Y cuál es el colmo de
un criador de pollos?
—No sé.
—¡TENER UN HIJO QUE NO DIGA NI PÍO!
—¿Y el de un forzudo? —siguió ahora, sin mucho
emoción.
—No sé.
—¡DOBLAR LA ESQUINA!
—Vamos a ver, sabelotodo —afirmé yo, sin apuro,
regodeándome antes de preguntar—. ¿Cuál es el colmo de
un salvavidas?
—No sé.
—¡QUE SU MUJER SE LLAME SOCORRO!
—¿Y ese está bueno? ¡No fastidies! —protestó—. A
ver, ¿cuál es el colmo de un jardinero?
—Espérate...
—¿Qué pasa? —se asustó.
—Que creo que me lo sé —respondí—. El colmo de
un jardinero es: QUE SU NOVIA LO DEJE PLANTADO!
¿No es así?

—¡Yes! ¡Yes! ¡Uno de ventaja! ¡Uno de ventaja! —
gritaba yo por toda la cafetería y parándome delante de
Venus.
—¡Bueno, pero hay que seguir! —gritaba él, tratando
de buscar su oportunidad de empatar.
—Está bien —aprobé yo—. Me toca a mi. A ver...
¿Cuál es el colmo de un ciego?
—No sé.
—¡LLAMARSE CASIMIRO BUENA VISTA!
—¿Y... este...? —se demoró, por lo que vi cerca una
ventaja más amplia. Pero se acordó de uno en el último
instante—. ¿Y el de un artillero?
—No sé.
—¡TENER UN CARÁCTER EXPLOSIVO!
—¿Y el de Aladino? —ataqué rápido, pensando en su
anterior demora.
—No sé.
—¡TENER UN MAL GENIO!
—¿Y el de un médico? —prosiguió al recordar otro.
—No sé.
—¡TENER UNA ESPOSA QUE SE LLAME
REMEDIOS!
—Ya, compadre, ríndete que estás muerto —volví a
la carga yo—. A ver dime, ¿cuál es el colmo de unos
hermanos siameses?
—No sé.
—¡TENER POCO APEGO A LA FAMILIA!
—Bueno... —dijo esperando que se acabaran las
risas. Y sacando fuerzas continuó—. Mira este que es
mejor... ¿Cuál es el colmo de un filósofo?
—¡METERSE DENTRO DE UN POZO PARA
PENSAR MÁS PROFUNDAMENTE! —le contesté casi sin
pensar—. ¡Ese es muy viejo, así que te maté otra vez!
¡Dos de ventaja! ¿Quién es el mejor entonces? ¿Eh?

—¡Déjate de payasadas! —se defendía—. ¡Todavía no he perdido!

—¡Estoy dos adelante! —repetía yo brincando en un solo pie, sin dejar de mirar o Venus.

—¡YA! ¡Seguimos! ¡Te toca o ti!

—Bueno—acepté finalmente—. Seguimos... Dime, bebé: ¿Cuál es el colmo de un sastre? —No sé.

—¡NO PODER HACER LOS TRAJES A MEDIDA QUE SE LOS VAN ENCARGANDO!

—¡Voy yo! —dijo cosí con lágrimas en los ojos—. ¿Cuál es el colmo de una azafata?

—No sé.

— ¡VIVIR EN LAS NUBES!

—Ese no está del todo mal —comenté con aires de sabihondo para molestarlo—. ¿Y el de una aspiradora?

—No sé.

—¡SER ALÉRGICA AL POLVO!

—Bien —balbuceó concentrado—. ¿Y cuál es el colmo de un piojo?

—No sé.

—¡PERDER LA CABEZA!

—A ese le falta gracia, compadre. Si vas a seguir en competencia, hazlo bien me burlé con tono de fastidio—. Trata de decir uno así: ¿cuál es el colmo de otro ciego?

—No sé.

—¡ENAMORARSE A PRIMERA VISTA!

—Y ¿cuál es el colmo de un loaron? —saltó, manteniendo el ritmo que quería darle esperando mi folla.

—No sé.

—¡VIVIR ASALTADO POR LAS DUDAS!

—Bien. Muy bien... —seguí yo sin apuro—. ¿Y el de un soldado?

—¡TENER QUE ATAR CABOS! ¡TENER QUE ATAR CABOS! —repello contento.

—Muy bien —dije sin alterarme—. Rebajaste uno, así que estoy con uno de ventaja. No ha pasado nada, mi amigo.

—¡Para ti no habrá pasado! ¡Pero para mí sí, porque me acerqué!

—¿Seguimos? —le interrumpí paro demostrar qué le daba poca importancia a aquello.

—¡Claro! ¿Cuál es el colmo de una enfermera? —soltó rápido para continuar con su estrategia.

—No sé.

—¡PONER INYECCIONES CON AGUJAS DE TEJER!

—¿Y el de un enano? —añadí yo, algo preocupado.

—No sé.

—¡QUE LE GUSTE PASAR POR ALTO!

—¡Pésimo ese! —comentó—. ¿Y el de los árboles?

—No sé.

—¡QUE TENIENDO COPAS, TOMEN AGUA POR LA RAÍZ!

—¿Y el de un oculista? —continué yo, pero con cierto duda porque el chiste ese era muy conocido.

—Espérate... Espérate... creo que sí... ¡lo tengo! ¡NO SER VISTO CON BUENOS OJOS! ¡NO SER VISTO CON BUENOS OJOS! —repetía él como lo otro vez. Y soltaba frotándose las manos y riendo a todo pulmón.

¡Lo sabía! Era un «colmo» conocido. ¿Por qué no hice otro si dudé para decir ese? ¡Me da una rabia cuando me pasan esas cosas! A mí eso me deprime...

—¡Seguimos! ¡Seguimos! —grifaba—. ¡Ahora estamos empatados! ¡Y voy yo ahora! Dime, ¿cuál es el colmo de un iológrafo?

—No sé.

—¡NO REVELAR SUS SECRETOS!

—Mmmm... Y el de... —tartamudeé porque no recordaba otro.

—¿Qué pesa? ¿No puedes? —me instigó.

—¡Claro que sí! —grité, porque al fin me había venido uno a la mente—. ¿Cuál es el colmo del Sol?

—No sé.

—¡BRILLAR POR SU AUSENCIA!

—¿Y el de un inventor de colmos? —me soltó en la cara.

—¡INVENTAR COLMOS EN ESTOCOLMO! —le adiviné, y me puse a saltar de contento—. ¡Soy el mejor! ¡Soy el mejor!

—¡Espérate! —chilló casi llorando—, ¡Esto sigue! ¡Te toca a ti! ¡Dale, no pares! ¡Te toca a ti!

—Bueno..., y... —titubeé, dando tiempo porque la alegría del triunfo me había desconcentrado.

—¡Dole! ¡No pares! —insistía.

—Y... este... me acuerdo de... —balbuceaba yo sin recordarlo en realidad.

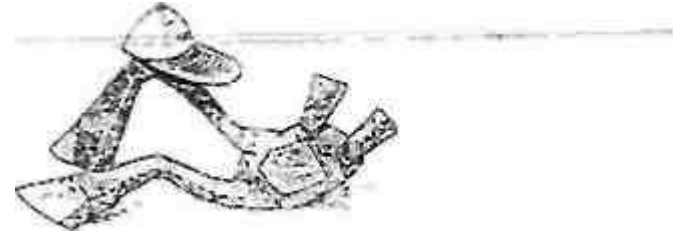
—¡Te faltan cinco segundos! —me gritó en la cara.

—Eeehhh... ¡Ya! ¡Me rindo! —exclamé con ira.

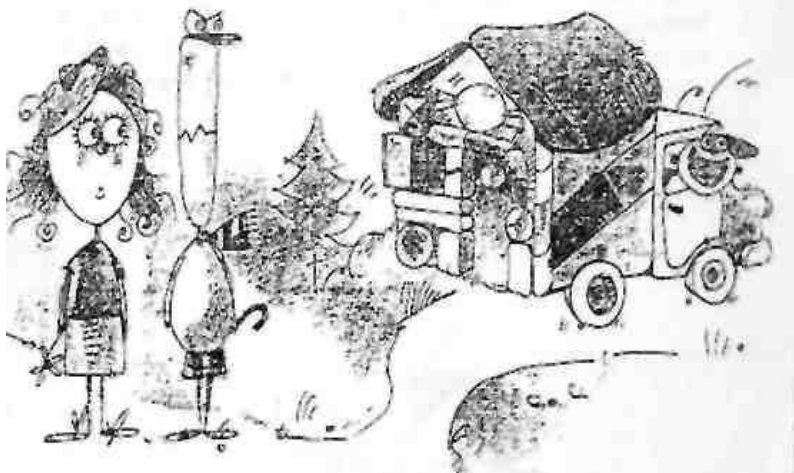
Por supuesto, los festejos del sujeto aquel fueron desproporcionados.

Cantaba y bailaba delante de Venus como un demonio. Todos aplaudían el resultado. Fue un empate, pero parecía su victoria. ¿Cómo soportar el éxito de un enemigo a costa de uno? A mí eso me deprime.

Claro, aquello no fue suficiente motivo para que yo abandonara el duelo por conquistar a Venus. A pesar de mi estado de ánimo, me acerqué donde estaban ellos y no los dejé solos en ningún momento. Durante todo el trayecto de regreso la colmamos de gentilezas, gracias y cumplidos. Venus, al igual que su amiga la otra vez, trataba de no demostrar su alegría y satisfacción. Claro, y también como la vez anterior, a Gretel sí fue evidente que aquello no le agradó. ¡Y puso una cara! Después nos arrepentimos.



Cinco



el colegio, Gretel se fue corriendo a su casa. Venus la siguió pero no podía alcanzarla. Su disgusto la hacía no querer hablar con nadie. Ni siquiera con su mejor amiga

A unas tres cuadras de su casa (ella vivía en una zona poco poblada de Villarrisa), Gretel tenía su «rinconcito». Un lugar donde le gustaba estar a solas, pensando, sin que nadie la molestara. Era una casucha abandonada, en ruinas. Así que decidió pasar un rato allí, antes de llegar a su casa, para que se le pasara aquello. Entró corriendo y, sin fijarse, tropezó con un palo que servía para apuntalar el lecho, y ocurrió el accidente. La casucha cayó estrepitosamente y Gretel quedó atrapada. Por suerte, Venus venía a media cuadra y lo vio todo. Se asustó mucho. Entonces voló, más que corrió, hacia el colegio a pedir ayuda. Ya se habían marchado todos. Solo quedábamos Juanito y yo jugando y discutiendo, como siempre. Cuando nos contó la tragedia, Venus y yo salimos a buscar socorro y Juanito fue enseguida hacia la casucha. Cuando llegó, se puso a llamarle o gritos. Después de unos instantes escuchó su débil voz que decía: «¡Aquí, estoy aquí!». Juanito apartó varias maderas y casi pudo llegar hasta donde estaba la niña. Pero más allá le fue imposible. —¿Estás bien?

—Sí... no sé... —respondió Gretel—. Tengo un chichón en la cabeza y muchos arañazos. Pero lo peor es

que estoy atrapada debajo de una viga. No puedo moverme.

—Vas a tener que aguantar un poco —le contestó Juanito—. En cualquier momento vienen a sacarte. ¡Ten paciencia!, ¿de acuerdo?

—No sé... me estoy desesperando... Quiero irme a casa. ¡Quiero estar con mi papá y mi mamá! —gritaba la niña.

Juanito no sabía qué hacer. No podía rescatarlo porque pesaban mucho los escombros. Por tanto, solo podía consolarla. Pero, ¿qué le decía? De pronto tuvo una idea...

—¡Gretel! la llamó—. ¿Me escuches bien?

—¡SÍ, pero ayúdame! —respondió la niña llorando.

—¡Cálmate! —le dijo—. Mira, tú eres una niña muy pequeña, por lo que va a ser fácil y rápido el rescate. ¿Cuánto mides?

—No sé, no me acuerdo —y añadió ella entre sollozos—: ¿Por qué tardan tanto?

—Ya vienen a sacarte! No te preocupes. Oye, ¿te imaginas que tú fueras tan chica que pudieras pasar a través de las hendiduras? ¡Ahora te podrías salvar!

—¡Pero no lo soy! —se lamentaba Gretel.

—¡Si tú fueras como una mujer que yo conozco! —insistió Juanita—. Oye, Gretel, imagínate que ¡ESA MUJER ES TAN CHICA, PERO TAN CHICA... QUE PARA ENCERAR EL PISO TIENEN QUE SUBIRSE EN UNA SILLA!

—¡Ya, bruto! —dijo la niña, aguantando el llanto—. ¿Cómo se te va a ocurrir hacer chistes en la situación en que estoy?

—De verdad. Bueno, te digo que ESA MUJER ES TAN CHICA, PERO TAN CHICA... QUE SIEMPRE TIENE OLOR A PATA EN LA CABEZA.

—Tú no entiendes cómo me siento? —repetía la niña.

—¿Tú no sabes que también conozco a ¡UNA MUJER QUE ES TAN FLACA, PERO TAN FLACA.... QUE EL OTRO DÍA SE COMIÓ UNA ACEITUNA, Y AHORA TODOS DICEN QUE ESTÁ EMBARAZADA!

—¡Basta, Juanito! —se quejó la niña, pero menos enérgica que la vez anterior.

—Y también sé de ¡UNA MUJER QUE ES TAN FEA., PERO TAN FEA... QUE CUANDO MANDÓ SU FOTO POR CORREO ELECTRÓNICO LA DETECTÓ EL ANTIVIRUS! —continuó el niño.

—¡Por Dios!, ¿no vas a parar?

—En serio. Si cuando niña, ¡ESA MUJER ERA TAN FEA, PERO TAN FEA... QUE UNA VEZ LA LLEVARON A UN CAMPAMENTO EN LA MONTAÑA, Y LAS MISMAS FIERAS ENCENDÍAN FOGATAS PARA QUE LA NIÑA NO SE LES ACERCARA!

—¡No sé qué puedo hacer contigo!

—¿Ahora me vas a decir que no conoces al esposo de ella? ¿Al flaco? —agregó él—. Oye, ¡ESE HOMBRE ES TAN FLACO, PERO TAN FLACO... QUE SE DEDICA A LIMPIAR MANGUERAS POR DENTRO!

—¡Es increíble! —logró decir la niña esbozando una sonrisa.

—Tú no lo creerás —volvió el muchacho a la carga—, pero ¡UN TÍO DE ESE HOMBRE TIENE TAN GRANDES, PERO TAN GRANDES LOS HUECOS DE LA NARIZ... QUE PARECE QUE TIENE LOS PULMONES A LA INTEMPERIE!

Él no la podía ver, así que no supo que con ese chiste, ella había mostrado los dientes con una gran sonrisa. Pero de todas maneras Juanito insistió, porque ella ya no protestaba y esa era una buena señal.

—Oye, Gretel, esto que te voy a decir es en serio. Mira, el otro día me enteré que ¡UNA MUJER ERA TAN GORDA, PERO TAN GORDA... QUE CUANDO SE CASÓ

EN VEZ DE VESTIRLA DE LARGO. LA VISTIERON DE ANCHO! ¿Me escuchaste? —le preguntó para saber, por su tono de voz, cómo estaba.

—Si, te escucho.

La voz le dio confianza y prosiguió:

—Imagínate, que ¡LA MUJER ERA TAN GORDA, PERO TAN GORDA... QUE ERA MEJOR SALTARLA QUE DARLE LA VUELTA!

Con ese chiste, se oyó la risa de Gretel y Juan se envalentonó.

—Bueno, imagínate con quien se casó... ¡UN TIPO QUE ERA TAN TORPE. PERO TAN TORPE... QUE SI LE TIRABA UNA PIEDRA AL SUELO, LE ERRABA! —y Juanito, al percatarse de la risa más fuerte que salía de donde estaba su amiga, continuó casi sin respirar—: Y tuvieron un hijo que cuando creció se hizo músico. Pero ¡ERA UN MÚSICO TAN MALO, PERO TAN MALO... QUE DECÍAN QUE NO TENÍA OÍDO NI PARA TOCAR EL TIMBRE!

Ya las carcajadas de la niña se escuchaban con claridad.

—Y..., ¡EL TIPO CANTABA TAN MAL, PERO TAN MAL... QUE SE ACOMPAÑABA DE UN PIANO, DOS VIOLINES, TRES GUITARRAS Y OCHO GUARDAESPALDAS!

La estruendosa risa de Gretel coincidió con la llegada de los bomberos.

El rescate fue fácil y sin problemas.

El jefe del Cuerpo de Bomberos congratuló a Juanito por lo que hizo. Pero un solemne y grave político de Villarrisa aprovechó la oportunidad para sobresalir, pero, según nuestra opinión, lo que hizo fue demostrar su ignorancia y rechazo hacía el humor.

—«Felicito a este niño —expresó, a manera de discurso, a la concurrencia que se había formado allí, y

ante los periodistas—, por lo idea de hacerla reír todo el tiempo para levantarle el ánimo. Pero me gustaría que un erudito me confirmara si no fue casualidad, porque sabemos que lo risa solo Abunda en boca de tontos...».

De todas maneras fue sensacional el éxito de Juanito. Él estaba feliz, Yo no.

—Oye, Pepito —me dijo al otro día—. Voy a confesarle una cosa; en esa situación me pasó una cosa extraña. Sentí que me enamoraba de nuevo de Gretel. ¡Y no Fue lástima! Era su voz, su llanto, su risa... Y después cuando la sacaron se veía tan tierna... ¡Quédate tú con Venus!

—Lo siento, Juanito.

—¿Qué pasa ahora, Pepito?

—Nada, que eso mismo estaba pensando y sintiendo yo —respondí—. Mira, cuando ella corrió del colegio al llegar del zoológico, me fijé en su figura y me impactó. Después, cuando nos enteramos del accidente sentí una cosa por ello, que nunca me había pasado con nadie. Y, por último, como tú bien dices, cuando la sacaron se veía tan linda y tierna...

¡Que me enamoré de ella otra vez, Juanito!

—¡¿Qué?!

—Lo que escuchaste. ¡Tú eres el que se va a quedar con Venus!

—¡Eso vamos a verlo! —me gritó al irse para su casa. La guerra continuaba.



Seis



Todo el objetivo de nuestras acciones estaba dirigido a Gretel, como la otra vez. Por tanto, nuestra vida transcurría entre los estudios, la rivalidad por conquistar a Gretel y las competencias de chistes. Venus se resintió, y fue evidente su separación del grupo. Y así pasó el tiempo casi sin darnos cuenta. Unos meses más tarde, nos enteramos de su enfermedad. Según nos contó la maestra. Venus padecía una grave dolencia (ya se me olvidó el nombre), y era necesario operarla. Aquello nos dejó choqueados.

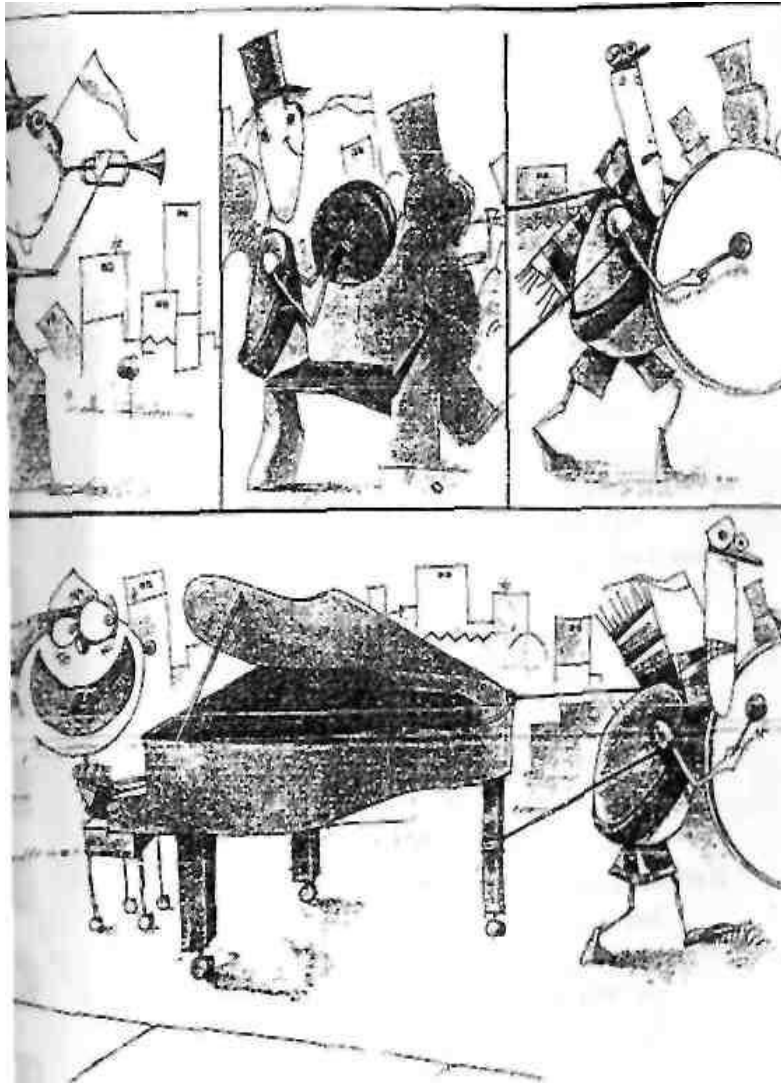
Gretel, Juanito y yo fuimos los únicos que estuvimos junto a su familia durante la operación. En esos momentos, se vive una tensión extraordinaria. A mí eso me deprime.

Durante su período de recuperación en el hospital de Villarrisa, la cosa no se veía muy bien. Yo fui todos los días a verla (el hospital quedaba en el camino para mí casa). Los demás la visitaban con menos frecuencia.

Un día le confesé a Juanito: «Se me borró el entusiasmo que sentía por Gretel. Me enamoré otra vez de Venus».

¡Y por primera vez no coincidimos!

Yo me extrañé, porque esperaba que él dijera que también le pasaba lo mismo. Pero, para el bien de los cuatro, él tomó a su Gretel más en serio. Fueron momentos lindos, porque nos contábamos lo que



sentíamos, lo que hablábamos con ellas. Parecía que nuestra amistad superaba la rivalidad. Pero aquello duró poco. En cuanto tuvimos público, nos enredábamos de nuevo en las competencias eternas.

Apenas Venus pudo hablar, me dejaron verla. Ante ella sentí que me temblaban las piernas, se me apretaba el estómago y un cosquilleo me recorría todo el cuerpo. A diferencia de las otras veces, en esta oportunidad sí parecía estar enamorado de verdad.

Se veía tan pálida y delicada. Además, se veía afligida, triste, deprimida, la pobre. Según supe, dormía poco porque los dolores la mataban de noche. En una de mis visitas diarias, recordé una conversación entre mis padres, donde comentaban lo excelente que era la risa en la recuperación de los enfermos, según una revista extranjera. Para ellos, como buenos villarisueños, eso era imposible. Yo no estaba muy convencido. Y sin pensarlo dos veces me lancé de cabeza con la idea.

—Venus, de los chistes que yo hago, ¿cuáles son los que más te gustan?

—No sé —me respondió en voz muy baja.

—¡Vamos, dime! —insistí—, ¿«Los colmos»? ¿«Las preguntas»? ¿«Los tan tanes»? ¿«Los que le dijo»? ¿«Los ayer pasé por tu casa»? ¿«Los en qué se parece»? ¿«Los cómo se llama la obra»...? ¡Dale, dímelo!

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó desanimada.

—No te preocupes, solo dilo.

—Pues... me gustan mucho «los en qué se parece» —balbuceó ella

—¿En serio? Pues te voy a contar unos cuantos, ¿está bien?

—Pepito —me dijo—, creo que has escogido un mal momento, por-que no tengo ganas de reír.

—¡Vamos a verlo—contesté—. Ah, pero por favor vas diciendo si ya lo sabes, ¿está bien?

—Esta bien —dijo resignada.

—Claro, porque no hay nada más pesado en el mundo que contar un chiste que la gente ya se sabe. Uno se queda frustrado, ¿entiendes? Y a mi eso me deprime. ¡Pero voy ya con el primero! —continué—. ¿Te sabes en qué se parece un avión a un hombre?

—No.

—¡EN QUE EL AVIÓN SE SOSTIENE... Y EL HOMBRE SESOS TIENE! La única reacción de Venus fue mover la cabeza como asintiendo. Decidí proseguir.

—¿Y sabes en qué se parece un hombre que se tira del décimo piso, a uno que se tira de un primer piso?

—No.

—¡EN QUE EL DEL DÉCIMO PISO DICE: AAAAAAAHHH... ¡PUM! Y EL DEL PRIMER PISO DICE: ¡PUM!. AAAAAAAHHHH.

—La observé y vi cómo apretó levemente sus labios. No sabía si era una buena señal, pero a ella me agarré para continuar.

—¿Y sabes en qué se parece un árbol a un borracho?

—No.

—¡EN QUE EL ÁRBOL EMPIEZA EN EL SUELO Y TERMINA EN LA COPA... Y EL BORRACHO EMPIEZA EN LA COPA Y TERMINA EN EL SUELO!

Solo se pasó la mano por la cara. No podía parar ahora, pero comprendía que aquello estaba difícil.

—¿Y sabes en qué se parece un estudiante de física a tu médico?

—No.

—¡EN QUE LOS DOS ESTUDIAN LA GRAVEDAD DE LOS CUERPOS! ¿Por primera vez se le dibujó una sonrisa en el rostro! Aquello me dio fuerzas y continué

tratando de darle más comicidad a mi voz, mis gestos, mis intenciones. ¿Lo estaba consiguiendo? Quizás.

—¡Pues este sí! —salté rápido para mantener el ambiente simpático—. Dime, ¿sabes en qué se parece un médico japonés a una cámara de televisión? -No.

—¡EN QUE LOS DOS TELEVISAN!

—Ese no es tan gracioso —me dijo con una leve sonrisa.

—Ahora —aclaré—, voy a comenzar a decirte algunos que son más complicados, porque son juegos de palabras, a veces difíciles de entender, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien... ¿sabes en qué se parece un huerto a un encendedor?

—No.

—¡EN EL HUERTO HAY LECHUGAS... Y AL ENCENDEDOR L'ECHU GAS!

Por suerte, le encantó, porque desde ese momento no paró de reír. ¡Lloraba de risa! A veces tenía que esperar a que se calmara. A partir de ahí no tuve que preocuparme más. Fue riquísimo.

—¿Y sabes en qué se parece un elefante a una cama?

—No.

—¡EN QUE EL ELEFANTE ES PAQUIDERMO Y LA CAMA ES PA'QUIDUERMAS!

—¿Y sabes en qué se parece una hormiga a un elefante?

—No.

—¡EN QUE LOS DOS SE ESCRIBEN CON H!

—¡Pero eso no es cierto! —trató de corregirme—. ¡Elefante no se escribe con H!

—Sí se escribe con H, ¡PORQUE EL ELEFANTE QUE YO DIGO SE LLAMA HORACIO!

Bueno, así estuve unos cuantos minutos más. Hasta que su serio doctor llegó y, al ver aquello, me regañó. Según él, no estaba bien que la hiciera reír tanto en el estado en que se encontraba.

Pero al otro día, cuando llegué, hasta sus padres me abrazaron. (Por suerte, fue un abrazo rápido. A mí eso me deprime). El mismo grave doctor me estaba esperando para contarme el milagro. Dijo que Venus había mejorado en todo, ¡y que esa noche pudo dormir toda la noche sin dolores! Por tanto —me pidió—, yo tenía que seguir con mi método. Nunca me había sentido más feliz y orgulloso.

—¡Cuéntame «los ayer pasé por tu casa», Pepito! —me llamó Venus con una voz más fuerte que la del día anterior.

—Está bien, Venusilla —bromeé—. Pero recuerda que esos son pesados. Quizás no te rías...

—Si, lo sé —me respondió—. No importa. A mí me gustan.

—Bueno. Ayer pasé por tu casa y me tiraste una puerta... ¡MENOS MAL QUE ESTABA ABIERTA!

Y rió con la primera. Incluso sus padres y el doctor. Eso significaba que podría decir cualquier cosa.

—Ayer pasé por tu casa y me tiraste un ladrillo... ¡VOY A PASAR SEGUIDO, ASÍ ME HAGO UN CASTILLO!

Como el éxito se mantenía, continué:

—Ayer pasé por tu casa y me tiraste un revólver... ¡NO TE LO VOY A DEVÓLVER!

El médico se retiró en ese momento y yo pensé que no le gustaban los chistes. Cuando eso me sucedía, me daban ganas de gritarle veinte cosas a la gente. Lo juro, a mi eso me deprime.

Pero me equivoqué. ¡El hombre fue a buscar otros niños enfermos para que los escucharan! Se formó un coro alrededor mío y todos reían o rabiaban. Continué entonces con más ganas:

—Ayer pasé por tu casa y me tiraste agua sucia...
¡ME AGACHÉ Y DIJE: NO CONTARON CON MI-
ASTUCIA!

—A partir de ahora —les aclaré—, los chistes se pondrán más pesados, más tontos, ¿sigo?

—¡Sí!! —gritaron todos.

—Bueno, ayer pasé por tu casa y me tiraste una silla... ¡SI-LLA NO TIENES QUE TIRARME, NO PASO MÁS POR AQUÍ!

Me imagino que lo entendieron porque la risa no paró,

—Ayer pasé por tu casa y me tiraste una mesa.. ¡ME SALVÉ POR UNPELO!

Por supuesto, yo sólo tenía ojos para Venus. Pensé que era la primera vez que me importaba más una persona que un público. Me encantó darme cuenta.

—Ayer pasé por tu casa —seguí—, y me tiraste una toalla... ¡¿TO-ALLAS ESO CORRECTO?!

Al ver la aceptación que tenía y las mejillas de Venus tomando color, decidí disparar varios seguidos, casi sin respirar.

—Ayer pasé por tu casa y me tiraste un melón...¡MELÓN COMÍ TODITO! Como no tenía la presión de ganarle a Juanito (no estaba en una competencia), me venían a la mente más rápido los chistes.

—Ayer pasé por tu casa —continué disfrutando— y me tiraste una escoba...¡ES-CO-BA A ACABAR MAL!

—Ayer pasé por tu casa y me tiraste una bandeja,..
¡BAN-DEJA-NDO ESA MANÍA DE TIRAR COSAS!

En ese momento, Venus se incorporó un poco en la cama. ¡Por primera vez se movía sola! ¿Podía pedir más?

Así estuve cerca de una hora. Al final, cuando el doctor intervino se produjo una larga ovación. Aunque lo mejor fue la mirada de agradecimiento (y algo más) que me brindó Venus. Creí que ese día era el más importante de mi vida. Pero no fue así. Un mes después, ya Venus estaba restablecida, y durante la fiesta de fin de año... Bueno, espera un poquito más y lo sabrás.



Siete



legó el día más esperado del año.

Todavía no podíamos decir que Venus y yo, o Juanito y Gretel, a pesar de andar juntos en pareja, éramos más que amigos. Sin embargo, nos sentíamos felices.

Sólo por nuestra rivalidad cojeaba la paz y la tranquilidad. El campeonato estaba reñidísimo, como siempre. El empate se mantuvo durante todo el año y así mismo llegó a la noche final, a la noche decisiva: la fiesta de fin de año.

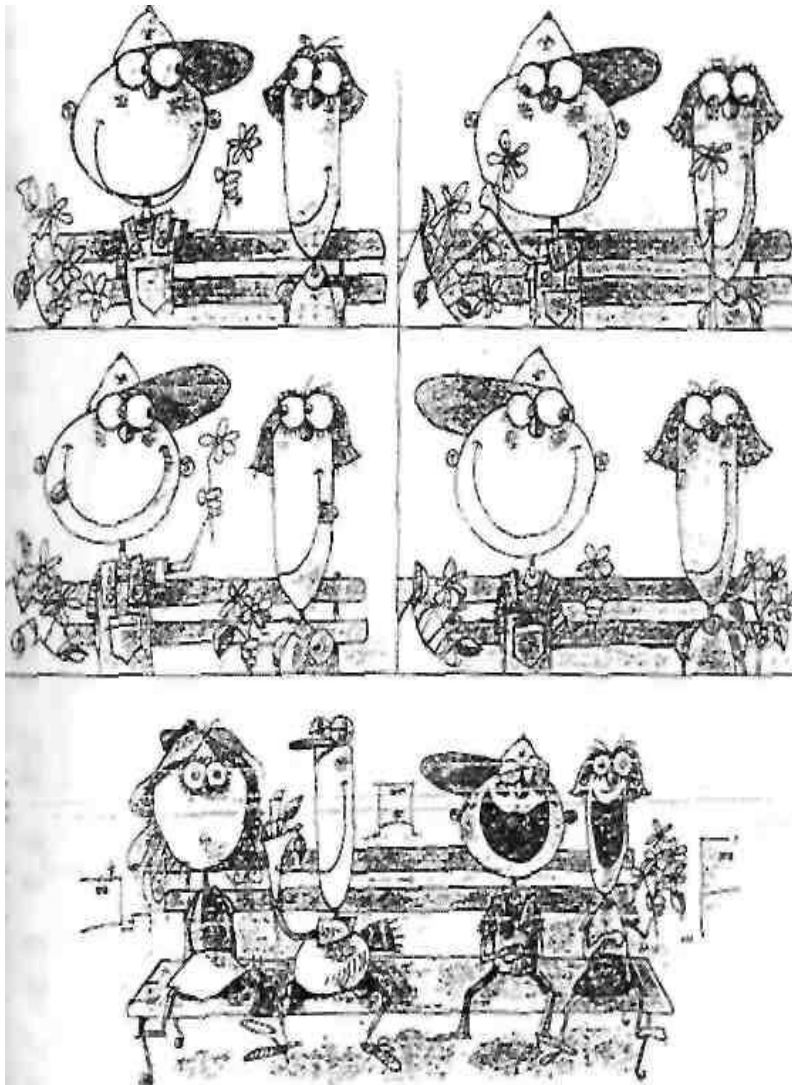
Fuimos de los primeros en llegar al salón principal de la Casa de la Cultura de Villarrisa. Lo directora, los maestros, los padres, apoderados, y demás invitados, iban elegantes y solemnes como siempre. Solo los alumnos mostraban su alegría.

En medio de una discusión, Juanito y yo sentimos algo. Era ese algo en el aire, en el cuerpo, que uno siente a veces sin explicación. Una fuerza que nos obliga a mirar. Nos dimos vuelta y allí estaban nuestras amigas, paradas esperando por nosotros.

Venus era un sueño. Yo no sé de esas cosas, pero el blanco del vestido le realzaba la belleza de su piel y su cabello moreno. (O así lo percibí yo, por lo menos). Sus grandes ojos me miraban con un brillo especial. Fui a su encuentro.

Juanito y Gretel se perdieron entre la gente. Nosotros nos sentamos a conversar en la terraza.

—¡Estás más linda que un gato de ánfora! —bromeé.



—De angora, querrás decir —me rectificó sonriendo.

—Pareces una actriz de cine, de verdad.

—Tú también luces bien —susurró.

—Gracias, pero ya lo sabía —comenté, haciéndome el interesante, pero también demostrando que era una broma.

—Tan humilde como siempre —agregó.

—Oye, Venus, hablando en serio..

—¿Tú puedes hablar en serio? —preguntó manteniendo su sonrisa.

—No sé... No. Pero ahora quiero hacer una excepción —y continué—: Déjame ver cómo lo digo...

—¿Decir qué?

—Esto: ¡me gustas, estoy enamorado de ti, y contigo quiero ser más que un amigo! —descargué de un tirón.

—Yo también —respondió

—¿Qué?! ¿En serio?! ¡No lo puedo creer!

—Mira —añadió—. ¿Recuerdas cuando conté aquellos cuentos en el zoológico?

—Sí.

—Pues yo no soy así, lo hice para gustarte. Y Gretel hizo aquellas imitaciones en el salón del teatro para Juanito. Y los disgusto que ustedes vieron entre nosotros durante el año, eran porque ustedes no se daban cuenta y pasaban de una a otra, sólo pensando en su tonta competencia...

—Yo...

—Fue en aquellos días en el hospital —me interrumpió—, en que supe que al fin te había conquistado.

—No lo puedo creer —confesé—. Y nosotros que pensábamos que las estábamos conquistando a ustedes...

Nos miramos a los ojos con ternura. De pronto, el murmullo de los invitados había desaparecido. Sólo se escuchaba una música de fondo. Nuestras manos se movieron. Uno en dirección a la otra...

—¡Atención! ¡Atención! ¡Acérquense! —sonó la voz del serio y es-tirado maestro de ceremonias en los altoparlantes—. ¡Vamos a comenzar la última competencia entre nuestros, alumnos Pepito y Juanito!

Tuvimos que romper aquel instante mágico y correr hacia el escenario. Por supuesto, Venus se puso furiosa. No quería saber más de la dichosa competencia. Y cuando traté de explicarle que estaba en juego mi prestigio, mi fama, mi posición, me gritó que no me hacía falta todo eso para estar con ella, «como más que uno amiga», me recalco con ironía. No pude responderle porque habíamos llegado a la tribuna.

Juanito me esperaba emocionado. Me contó su historia con Gretel. Idéntica a la que yo había vivido momentos antes con Venus.

El alumnado comenzó a gritar: ¡¿Qué le dijo?! ¡¿Qué le dijo?! Y comenzamos la batalla final...

—A ver, Pepito —empezó él—. ¿Qué le dijo lo lechuga al tomate?

—No sé.

—¡NO TE JUNTES CON LA CEBOLLA QUE ES UNA LLORONA!

Todavía tenía en mi mente la conversación con Venus. Por ello, me costaba concentrarme. Pero tenía que hacerlo. Era la noche decisiva.

—Dime tú—le respondí—, ¿qué le dijo la mantequilla a la tostada?

—No sé.

—¡YO POR TI ME DERRITO TODA!

—¿Y qué le dijo la cuchara al cucharón? —continuó él.

—No sé.

—¡TÚ ERES GRANDE PORQUE TOMASTE MUCHA SOPA?! ÉL se veía seguro, triunfante. Yo realmente no sabía ni qué sentía. Era uno de esos momentos incómodos. No los soporto. A mí eso me deprime. Pero debía ganar a toda costa. Tenía que reponerme y echar para delante. —¿Qué le dijo la manzana al gusanito? —casi grité tratando de meterme en la onda. —No sé.

—¡ME TIENES PODRIDA!

—¿Y qué le dijo la estufa al ventilador? —exclamó él.

—No sé.

—¡TÚ SÍ QUE TE DAS UNOS AIRES!

El público reía a plenitud. Gretel se veía orgullosa cada vez que Juanito hacía sus chistes. Venus estaba más seria. Ya la convencería yo de su tonta opinión. ¡Yo iba a ser el mejor! ¡El Señor de los Chistes! Como siempre lo fui antes de que llegara ese fanfarrón.

—¿Qué le dijo —ataqué con mucha más energía— la ropa a la lavadora?

—No sé.

—¡AY! ¡TODO ME DA VUELTAS!

—¿Y qué le dijo el tenedor al ajo? —me respondió igual.

—No sé.

—¡NOSOTROS SI QUE SOMOS DE BUEN DIENTE!

Se mantuvo la risa. Pero queríamos más. Entonces empezó un espadeo violento entre él y yo. Dijimos unos cuantos chistes seguidos, uno detrás del otro. Sin cuartel.

—¿Qué le dijo —lanzó a boca de jarro— el café a la cucharita?

—No sé.

—¡PARA YA. QUE ME MAREO!

—¿Y qué le dijo el pie al zapato? —ataqué.

—No sé.

—¡NO ME PONGAS EN UN APRIETO!

—¿Y qué le dijo el cuadro a la pared? —se defendió.

—No sé.

—¡PERDÓNAME QUE TE DÉ LA ESPALDA!

—¿Qué le dijo una manzana a la otra? —pregunté acercándome al micrófono.

—No sé.

—¡NADA, PORQUE LAS MANZANAS NO HABLAN!

—Y... —tartamudeó. No sé si por el positivo impacto que produjo el chiste entre la gente—. ¿Qué... qué le dijo lo playa al Mar Muerto?

—No sé.

—¡NO TE HAGAS EL VIVO!

—¿Y qué le dijo una tabla a un pedazo de mármol? —le devolví.

—No sé.

—¿CÓMO PUEDES SER TAN FRÍO?!

Todo el mundo se reía a morir. Aunque yo sabía que también algunos de ellos —los estudiantes sobre todo—, esperaban el desenlace. Unos a favor de él, otros a favor mío, pero todos pidiendo un rey puesto y un rey muerto. Por supuesto, el muerto no lo iba a poner yo. Qué va. A mí eso me deprime. Por tanto, tenía que concentrarme y vencer como fuera. Desde que me conozco siempre he sido el mejor y lo demostraría.

—¿Qué le dijo una gota de agua a otro? —prosiguió.

—No sé.

—¡TÚ Y YO NOS PARECEMOS EN ALGO!

—Y ¿qué le dijo el clavo al martillo? —le contesté.

—¿NO TIENES UNA ASPIRINA?!

—¿Qué le dijo una linterna a la otra? —añadió.

—No sé.

—¿CUÁL ES TU NOMBRE DE PILA?!

—Y ¿qué le dijo un helado a un niño? —agregué, acercando mi cara a la de él.

—No sé.

—¿POR QUE ME SACAS LAL LENGUA SI YO NO TE HICE NADA?!

—¿Qué le dijo un pozo chico a uno grande? —atacó débilmente, quizás intimidado por mí.

—No sé.

—¡ME SIENTO MENOSCAVADO!

—¿Y qué le dijo la cuchara a la gelatina? —grité, solo para amedrentarlo.

—No sé.

—¡NO TIEMBLES. COBARDE!

—Este... —balbuceó, por efecto de mi grito. Y hasta tembló de tanta tensión—. ¿Y qué le dijo una mosca a la otra?

—No sé.

—¡TE INVITO A MI CACA!

Yo era tiempo suficiente para que se nos fuera acabando el stock. Es por ello que decidí agregar más presiones psicológicas a la competencia. Tenía que vencerlo y no había otra oportunidad.

—Te siento nervioso —apunté—. Estás a un milímetro de perder, amigo mío. A ver ¿qué le dijo una pared a la otra? —No sé. —¡NOS ENCONTRAMOS EN LA ESQUINA!

—Eh... —dudó, eso significaba que la técnica surtía efecto—, ¿Qué le dijo el azucarar a la cucharita? —No sé.

—¡NOS VEMOS EN EL CAFÉ!

—¡Estás pálido, compadre! ¡Ay, mi madre! ¡Te ves mal! —insistí—. Rápido, dime. ¿qué le dijo el fósforo a la cajita?

—No sé.

—¡POR TI PERDÍ LA CABEZA!

—Este... ¡Espérate!... Dame un segundo... —rogó con miedo, y vi una lágrima asomar en uno de sus ojos.

—Tienes casi medio minuto. No puedo hacer nada más por ti. ¡Estás frito! —le respondí.

—Mmmm...

—¡Diez segundos! —comencé a contar mirando el reloj. ¡Nueve! ¡Ocho!...

—¡Lo tengo! —chilló, pegando un brinco—. ¿Qué le dijo el lápiz a la goma de borrar?

Se había salvado en el último segundo. Pero era evidente que mi victoria estaba muy cerca. Y encima de eso se equivocó. ¡Me había hecho «el que le dijo» más fácil y más viejo del mundo! No lo podía creer. Con una simple respuesta mía, iba a ser el campeón. ¡El mejor! ¡El Señor de los Chistes! Me sentía en la gloria. Me disponía a aplastarlo, cuando miré a Venus. Había evitado mirarla, pero era mucho la tentación. Nadie me puede negar que ser ídolo delante de la chica de uno es un gran placer.

Fue lo peor que hice. Su cara expresaba un pesar inmenso. Yo no sabía por qué le afectaba tanto aquello. Pero parecía creer de verdad lo que me dijo. Me sentí mal. Era lo único que me faltaba! A mi eso me deprime. Comencé a pensar seriamente en aquello...

¿Tendrá ella razón? Me formulé algunas preguntas, a las cuales no encontré respuestas que me convencieran. Todo el análisis iba en mi contra. ¿Qué significaba ser el mejor en algo? ¿Por qué tenía que quitarle esa emoción a Juanito, mi mejor amigo, si él era feliz con eso? ¿Por qué enfadar a Venus? Otra idea me rodó por la mente...

—¡Dale, Pepito, que te falten cinco segundos! —vociferaba Juanito esperanzado—, ¡Ni siquiera has dicho «no sé»!

—Este... —intenté hablar, aparentando mucho nerviosismo y sobreactuando mi preocupación—. ¡Me rindo!

—¡Gané! ¡Gané! ¡Soy el mejor! ¡Soy «el Señor de los Chistes»! —gritaba el muchacho corriendo y saltando por el escenario.

El público lo cargó, y se lo llevaron en andas por todo el salón. Gretel lloraba de alegría y admiración por Juanito. El maestro de ceremonias no paraba de hablar, diciendo pesadeces como: «ES el mejor». «Es el más chistoso» y muchas Frases imbéciles más. Eran puñaladas en mis oídos. A mi eso me deprime.

Venus, sola, me esperaba en un rincón, al lado de la mesa del bufé.

—Vi lo que hiciste —me dijo—. A mí no me engañas.

—¿Y? —pregunté—. ¿Hice bien o hice mal?

—Si te dejaste ganar solo para lucirte conmigo, hiciste mal —respondió.

—No, Venus. Tú me hiciste comprender. He pasado todos estos años perdiendo el tiempo con mi orgullo y mi vanidad.

De repente, volvió a desaparecer el ruido y la gritería. La misma música se escuchó. Incluso la luz se fue hacienda más tenue... Volví a sentir el cosquilleo por todo el cuerpo, el temblar de mis piernas, el apretón en el estómago.

Nuestras manos se fueron acercando. Nuestras miradas se fundían en una sola.

—Yo me siento como volando —le susurré.

Miré hacia atrás y vi que se acercaba un amargado y almidonado camarero. Extendí mi otro brazo como expresándole a ella mi «voladura». Le derribé la bandeja al mozo. La ponchera que llevaba, le cayó en la cabeza al seco y áspero esposo de la directora. Éste cayó hacia atrás en su silla, y empujó a un solemne apoderado

vestido de smokin, parado detrás de él, contra las cortinas de fondo. El tumulto que cargaba a Juanito se detuvo. El estirado maestro de ceremonia paró de hablar. El apoderado trató de asirse de algo para no caer, y todas las cortinas se desprendieron. Hasta las del escenario. La enorme tela se precipitó sobre el maestro de ceremonia. El hombre, aturdido, tumbó el micrófono y el podio, y rodó por el suelo envuelto en la cortina.

Brotó la carcajada más grande que se haya escuchado en Villarrisa. Nunca antes una risotada había sido tan intensa y prolongada.

Apreté con ternura la mano de Venus.

—Lo siento —le dije.

—¿Lo hiciste adrede? —preguntó soltándome la mano

—¡Sí! —exclamé. Y alzando mis brazos grité a todo pulmón—: ¡Sigo siendo «El Señor de los Chistes»!!

FIN

decena de libros entre ellos, varios de esta misma editorial. Colabora con sus dibujos e historietas en diferentes publicaciones y revistas cómicas

Pronóstico: Reservado. (Dibuja hasta castillos en el aire)

HISTORIA CLÍNICA DEL AUTOR

Paciente: PePe Pelayo P.(1952)

Procedencia: Cuba. Residencia en Chile desde hace 12 años

Diagnóstico: Humorista crónico

Antecedentes patológicos: Graduado de ingeniero civil (Universidad de La Habana. 1979). Es comediante, guionista, director escénico y especialista en humor.



Sintomatología: Ha publicado cuentos y artículos humorísticos en diferentes diarias y revistas. Ha obtenido varios premios en concursos literarios. Tiene una larga trayectoria como actor y escritor humorista en teatro, radio, cine y televisión. Ha escrito programas infantiles para la televisión chilena. Fue fundador y director de la reconocida compañía «La Señal del Humor» en su país natal. Actualmente es relator y conductor de cursos y talleres de crecimiento personal a través del humor.

Pronóstico: Impredecible. (Se ríe hasta de los peces colores).

HISTORIA CLÍNICA DEL ILUSTRADO

Paciente: Alex Palayo Ramos (1977)

Procedencia: Cuba. Residente en Chile desde hace 8 años.

Diagnóstico: Dibujante Crónico.

Antecedentes patológicos: Graduado de licenciatura en artes plásticas en la especialidad de grabado (Universidad de Chile. 2000). Es dibujante, ilustrador, caricaturista y diseñador de páginas web.

Sintomatología: Ha realizado varias exposiciones colectivas en Cuba, Chile y Bolivia, y obtenido premios en concursos nacionales y una mención honorífica en el Concurso Internacional SIART. Expuso sus dibujos en la Galería Simón y Patiño en La Paz. Ha ilustrado una